

Vuelo hacia las utopías silenciosas

Miguel Ángel Gómez Gudiño

Maestro en Desarrollo Humano Organizacional. Director de *Educare FM* (Estación de radio por internet). mtro.miguelangelgomez@gmail.com

“Educar es más difícil que enseñar,
porque para enseñar usted precisa saber,
pero para educar se precisa ser”.
Mafalda (Quino).

Las alas vuelcan su fuerza en la efímera eternidad, se baten fuertemente quitando el entumecimiento, generando un vigor de vuelta para alcanzar el sol, es el llamado para dejar la cueva fría y húmeda, saltar al acantilado con vientos altos, librar el laberinto interno, consignar la libertad, legítima aspiración juvenil de reencontrar un mundo conocido o construir uno nuevo; es responder al llamado de transformar, de resurgir de ese vacío y secuelas mundiales que dejó la pandemia; hoy el espíritu de Ícaro convierte nuestra vida en instantes pasionales, en momentos de euforia, en la reflexión de nuestro andar para elevarnos al cielo sin que las gotas de esperanza y los trozos de alegría se derritan como la cera de las alas del insigne personaje que alzó su vuelo desafiando a propios y extraños, hoy requerimos ser prudentes para que la impericia no nos estrelle contra una realidad más profunda que la que hemos vivido los más recientes meses.

El viaje inicia, la travesía vale, abrir conciencia del espíritu en la cotidianidad de las cosas, en el vuelo con intensidad, puerto a la vista, equilibrio en las alas teoría y técnica que reconocen principios eternos dados por la ciencia y el espíritu y nos permite vivir, honrando legados, haciendo eco simbólico de trayectos que se unen en aprendizaje. Historias que narran nuestras vicisitudes y sueños, espacios lúdicos que dan cuenta de nuestros más grandes anhelos y la parte oculta de nuestros demonios, partes oscuras de ideas reinantes que nos ingresan en el laberinto de la duda, y el miedo, contemplando desde lejos el cielo, anhelando vida más allá de lo cotidiano.

Algo buscamos en la estrella del norte, una guía, un sendero, una luz que dé certeza certidumbre a nuestros pasos, nuestra estrella polar nos guía destino, lugar: **educar**, y hacerlo con el corazón y la razón, cultivar nuestra lámpara votiva para iluminar como faro guía las embarcaciones de nuestros educandos y enseñarles a ser luz para sí mismos y para los demás.

Con grácil vuelo las luciérnagas dan luz y colorido a los bosques en donde habitan, luz que a veces se pierde con tanta luminiscencia y resplandor externo, de las grandes ciudades, de la vorágine de una vida que convive con la superficialidad; es así como los seres humanos nos perdemos de la esencia vital por consumirnos en el oropel y el brillo de lo intrascendente, alejándonos de la plenitud y la felicidad.

El presente nos invita a reflexionar sobre la importancia de nuestro papel de educadores, que comparten su luz, que enseñan desde la congruencia a brillar con luz propia, líderes capaces de transformar nuestro entorno a través del respeto, la alegría y el amor.

Es momento de retornar a las *utopías*, es decir al no lugar, zarpas haciéndonos a la mar con el cúmulo de experiencias y la buena voluntad de aprender, de compartir y servir por el solo hecho de amar a la humanidad; seguro hay muchas experiencias de nuestros socios de aprendizaje que nos revelan la trascendencia de una palabra, un gesto, un acercamiento genuino o un conocimiento en particular que le cambió la vida. Por ello se requiere volver a la “*magia*” no la de los trucos del conejo y la paloma, sino a la que practicaban los grandes maestros, la de transformar la materia, retomar la alquimia que permite transformar individuos y por ende sociedades.

En el andar sobre el sendero, buscando dejar huella para librar las barreras y sortear las sombras, buscamos héroes que inspiren los pasos, que allanen los trayectos, que sean ejemplo de vida y que cultiven el amor a la verdad, al conocimiento pero sobre todo a bien ser.

Una vela que extingue su llama da paso a una nueva luz en el cuerpo de otra candela que enciende vibrante y entusiasta su flama para llevar el conocimiento, los guías, los maestros que llevan esperanza y cuidado, conocimientos y valores, experiencias y vida; esos que hoy y mañana formarán ciudadanos del mundo. Ese espíritu que

inyecta amor a la verdad y consuelo en el dolor, esa calidez en el trato resuena en el eco perpetuo de la creación.

Es el momento de ser mediadores de la vida, es el preciso instante en que hay que enseñar más allá de las materias que tenemos asignadas, es generar el don de gente para acercarnos al estudiantado, a los padres de familia, a la sociedad a la que pertenecemos y en la cual podemos dejar huella profunda y duradera.

Cuando me encontré con Feurestein, me resonó su teoría del aprendizaje mediado, en donde encontré elementos y herramientas que le han dado significado a mi vida, hoy solo enunciaré tres de los criterios, mismos que apoyan nuestro presente y futuro como educadores.

Los tres criterios de mediación que han guiado mi vida en el mundo de la educación que es la que extrae lo mejor del otro desde sí mismo en donde el mediador da las herramientas para que el sujeto cognoscente saque de sí la luz que lleva dentro; **intencionalidad**, elemento que lleva a conseguir los objetivos del proceso mediador, es idea o pregunta detonante que surge como mosca en la oreja que zumba y zumba en busca de respuestas, es el aperitivo que abre la mente a nuevas preguntas, como asombro que se produce con la duda. **Significado** que repercute desde la emoción hasta la importancia, el para qué de aprender lo que se está conociendo, es lo que además nos da parte de la individualidad en el entendimiento y la comprensión del mundo y la otredad, la carga de estos significados nos permite también establecer vínculos con otras personas y establece los andamiajes (en palabras de Vygotski) para los conocimientos posteriores; **trascendencia**, nos permite ligar el conocimiento más allá del momento, es un aprendizaje que sirve más allá de un examen, no se memoriza sino se liga a la vida cotidiana, a lo conocido, incluso a un futuro, es mirar en prospectiva el cambio del ser, la esperanza de mejorar constantemente: no para adaptarnos, sino para transformarnos parafraseando a Freire.

El mediador ha de ser y estar entregado al mediado y al entorno, requiere la humildad para seguir aprendiendo y volverse además de agente de cambio, socio de aprendizaje, debe estar dispuesto a vivir

un trabajo misional que eleva el espíritu de ambos, lo profundo de esta relación la definió Jung al decir que el encuentro de dos personas *en este caso mediador y mediado* es como el contacto de dos sustancias químicas: si hay alguna reacción, ambas se transforman (las cursivas son mías).

En un proceso de mediación se requiere la presencia. Y presencia nos dice José María Toro es presentar mi esencia; estar presente es vivir en presente: cuando estoy presente soy “un presente”, es decir estoy en un aquí y un ahora y además al estar somos un regalo.

Antoine de Saint-Exupéry, dijo: “Siempre he amado el desierto. Uno se sienta en una duna de arena del desierto, no ve nada, no oye nada. Sin embargo, a través del silencio algo palpita, y brilla”, así palpitan los corazones agradecidos por la labor educativa, así clama el eco de la vida que retumba en las personas transformadas por la pasión y entusiasmo en los encuentros académicos y de persona a persona.

El proceso educativo forma una simiente que echa raíces y florece, que perpetúa la existencia con nuevas visiones de vida a través de conocimiento que se va cosechando, experiencias y avances que facilitan la vida pero que también la pueden limitar.

Esa simiente crece en silencio, ese silencio que a veces duele, ese sentido que nos lleva a sentir hastío y soledad ante las batallas cotidianas y que nos invita a desistir ante las incógnitas en ingratitud de los sistemas, pero que vive en una esperanza de transformar.

La reunión transcurría con mucha cordialidad, mientras departían los participantes una voz profunda rompió el barullo...

- ¡Dadme un punto de apoyo y moveré el mundo...!

La sentencia provocó sorpresa y silencio...

- Arquímedes –dijo otra voz- ¡Dadme silencio y crearé mundos!

Un silencio se apoderó de la velada, pocos segundos después una carcajada sonora inundó el espacio, los aplausos para Marceau

no se hicieron esperar..., y yo con micrófono en mano le alcancé a preguntar ¿por qué, maestro?, ¿qué tiene el silencio?

“En el escenario habla mi alma, y ese respeto al silencio es capaz de tocar a la gente más profundamente que cualquier palabra”.

— alcanzó a decirme mientras subía lentamente unas escaleras de madera puestas sobre la pared que llevaba a un campanario, su paso era lento pero firme, la plaza entera calló, solo el latido del corazón del mimo se escuchaba, cualquier asomo de algún ruido implicaría quizá la caída al vacío, todo esto sin moverse del escenario, una rutina muy inteligente que nos llevó al éxtasis...

El sonido del despertador irrumpió el silencio de los sueños, la tranquilidad de la noche.

El silencio es la palanca de la creación, el silencio que genera libertad interior es esa estrella fugaz que de cuando en cuando se atrapa, requerimos habituarnos a seducir dicha estrella para que nos guíe con su luz, hay que estar alerta para hacer del silencio un aliado, un amigo, encontrar en él cuidado, consejo, dirección y libertad.

Es momento de crear ecos de los silencios activos que nos devuelvan la luz del conocimiento y celebren nuestra misión.